

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 158

Sevilla—Sábado 12 de Julio de 1902

AÑO XXVI

LA ETIQUETA

Es el signo característico de los tiempos y la mejor demostración de degradación y de envilecimiento.

Por la etiqueta se promueven conjuras en la sombra, se forman asechanzas, se engendran odios, se preparan conspiraciones y se libran verdaderas batallas.

Como si la ocupación de este ó del otro puesto, si la colocación á la izquierda ó á la derecha fuera problema de honor ó empeño de honra que afectara á intereses legítimos, cuando sólo obedece á quisquillas de amor propio, efecto de una educación que convierte al hombre en enano.

Decía en ocasión solemne un grande hombre que ocupaba modesto asiento entre la multitud en cierta solemnidad, cuando sus amigos se hacían lenguas de que no se le hubiera adjudicado en la ceremonia puesto preeminente, que no se molestaran, que él estaba en su lugar bien colocado, añadiendo:

—Donde yo esté, estará la cabeza.—Y era verdad.

La etiqueta es una triste herencia de épocas lejanas, como lo son los títulos y los honores que todavía se conceden de real orden; y, sin embargo, esa etiqueta, que representa el privilegio, apenas si sirve ya para otra cosa que para ciertos contoneos de pavo real, que están muy bien para los espíritus hinchados y vacíos, pero que las gentes de buen sentido rechazan con sonrisa de desprecio.

La etiqueta, sin embargo, ha destruido troncos, ha perdido batallas y ha causado grandes males en las naciones y en las sociedades montadas á la antigua usanza; y esto no obstante, entretanto nosotros se conserva con una escrupulosidad que sirve de medida á la depresión moral y á la absoluta carencia de intelecto de parte de las clases llamadas directoras, porque conservan viejos pergaminos ó resabios pasados, que si sirven de recuerdo á héroes guerreros, no son otra cosa que baldón para los que se visten con gloriosos atributos que no les pertenecen.

Nuestras guerreras leyendas, las prodigalidades de los antiguos monarcas y la tradición monárquico-religiosa, de que no hemos sabido desprendernos, porque se habla mucho de libertad que no se siente, de democracia que no se practica y de igualdad humana que en absoluto se desconoce, es, ni más ni menos, que para descubrir y ocultar vergüenzas.

La etiqueta, como todo privilegio, es irritante y vergonzoso; y no diremos que cómico, porque, como ya hemos indicado antes, en algunas ocasiones tiene un fin verdaderamente trágico.

Sólo nuestro atraso y el profundo desconocimiento del derecho inmanente á la libertad puede mantener esos privilegios de sangre ó de herencia que van minando el derecho humano y que nos conducen á una forma de servidumbre y de dependencia contraria á la condición del hombre libre, dueño y señor de sus destinos.

Patricios y plebeyos en Roma, hombres libres y esclavos en el mundo antiguo y en la edad media. Señores y villanos. Preeminencias de príncipes de la Iglesia y señores de horca y cuchillo; el estado eclesiástico y la nobleza, la milicia superior á la pluma, el predominio de la espada sobre la ciencia encerrada en la retorta del químico ilustre; pecado mortal la demostración del movimiento de la tierra, y todas las consecuencias de una verdad revelada impuesta á la ciencia como se impuso al mundo la tiara y la corona, son toda la carga que arrastramos, todo el lastre antiguo convertido hoy en recuerdos, sin las grandezas de la hazaña y reducido á la forma y á los colores del traje, sin más glorias que la tradición y sin otro mérito que el recuerdo ó la remota descendencia.

Desconocidos los dones de la libertad, no podemos progresar, porque somos esclavos de un ayer pagano y legendario, sin conocer el verdadero mérito, el gran sacrificio, la virtud mayor y el culto más legítimo; la distribución de la justicia y el imperio absoluto de la libertad del hombre en el ejercicio constante del dere-

cho, sin otros privilegios ni más preeminencias que el grado mayor de sabiduría y el mérito superior del mayor trabajo para alcanzar mayor progreso.

Lo demás, esas fórmulas de colocación y de puestos preferentes por preeminencias y privilegios que no sean en servicio de la humanidad y de la razón, ya no deben conocerse más que por la historia; y, si acaso, reproducirse en el teatro.

A. A.

Murmuraciones

Aunque oigan ustedes decir que todas las miradas de los sevillanos están fijas en los sucesos que se desarrollan en el municipio, no lo creáis.

Esas son voces que hacen correr los intereses para darle importancia.

Lo que aquí se llama partido liberal, como lo que se denomina partido conservador, todo es igual, y todos componen la docena del fraile.

Distínguese una *partía* de la otra *partía* en que la llamada liberal tiene á su jefe padeciendo de tontería perpétua, y la segunda, no; la segunda siempre está con la escoba y la rasqueta arrojando *pa casa* con ayuda de todos los cocheros y oficinistas.

Enmedio de estas dos *partías*, y haciendo de Meñistófeles, se encuentra con los brazos cruzados el Sr. Borbolla, hacia donde miran muchos de la *partía* liberal, como diciendo:

—Es indudable que el tiempo y nosotros te han dado la razón. Aquí no hay más jefe que tú.

Los suizos de D. Pedro se mantienen con la mayor corrección, y aguardan las órdenes del jefe para situarse en posiciones ventajosas.

—¡Quietos! ¡Quietos!—les dice D. Pedro.—Ya se convencerán de que, con aquel enemigo enfrente, ese energúmeno conservador que no presenta más que estómago, si quieren luchar han de venir á que yo los conduzca á la pelea.

Y en esta situación, si no deplorable, por lo menos algo desusada, se encuentra la política local.

—Pero... ¿acaso se ha encontrado mejor otras veces?—dirá alguno.

Y yo le contestaré:

—No señor: siempre ha estado lo mismo, sino que se lo han llamado.

El Ayuntamiento de hoy, como el de ayer, da las mismas subvenciones sostiene los mismos temporeros, hace las mismas é inevitables transferencias y sufre iguales ó parecidas censuras que sufrieran los anteriores.

No hay otra diferencia sino la de que ahora hay municipios descontentos, y discusiones inútiles, y antes, no.

La circunstancia de que ayer, concluida la sesión municipal, fuera el señor Alcalde á visitar al Gobernador de la provincia, hizo creer á muchos que D. Manuel Héctor estaba ya cansado de templar guitas é iba á tirar por la calle de enmedio.

Pero... no fué así.

Nosotros sabemos que la entrevista entre las dos autoridades se circunscribió á lo siguiente:

El Sr. Gobernador.—Amigo D. Manuel: ¿Qué le trae por aquí á esta hora y con el calor que hace?

El Sr. Alcalde.—Le diré á usted, señor Gobernador: Acabo de presidir ahora mismo el cabildo municipal, en el que los chicos del *partido* han tratado de tentarme la paciencia, y en el que hasta *Pepitilla* ejerció de Alcalde llamando al orden á un orador, como si yo no fuera bastante, y me dije:—Voy á echar un rato con mi amigo el señor Moral.—Y aquí estoy... Conque... ¿qué me cuenta? ¿Sabe usted cómo está de la cornada el *Conejito*?

—Oigame usted, señor Gobernador. Yo soy cubano, y esta calma que me caracteriza es propiamente mía, y cubana también. Y propósito de eso que deseo, le voy á contar un suceso... Cuando la Habana sostenía guerra con España, observando las autoridades españolas que donde mataban á dos insurrectos surgían al día siguiente cuatro, decidieron hacer una prueba. Al efecto, el primer cubano que nació en aquellos días fué metido, apenas salió del claustro maternal, en un bote de alcohol, como los melocotones en compota, y remitido directamente á Barcelona.—¡A ver si ese también se subleva contra España!—decían las autoridades, ignorando la tenacidad de que son capaces los hijos de Cuba... Llegó el cubano echado en alcohol á la capital del Principado, y allí estuvo hasta los ocho años sin salir del alcohol. Comprendieron las autoridades que ocho años de vejez ya

dao carta de naturaleza, y ordenaron sacar al cubano. ¿Y sabéis lo que dijo al salir? Pues... ¡Viva Cuba libre!—Y ese soy yo. Dije que no presentaba la dimisión por darle gusto á cuatro señores que eran mulos falsos. Así se lo aseguré á mi amigo *Carrasquilla*, que es persona formal y desafecta á todas las pasioncillas bajas y ruines, y así pienso hacerlo... Yo soy como aquel cubano que fué metido en alcohol y llevado á Barcelona... A los dos años de Alcaldía habrán de sacarme de mi encierro por el triunfo del partido conservador, y todavía saldré gritando:—¡No dimito ni *pa Dios*!

No se ha muerto, no se ha muerto el Duque de Tetuán...

¿Conque estaba malo el Duque y no sabíamos ná?

¡Caracoles! ¡Carambital!

Si logra la enfermedad matar al célebre Duque, ¡qué desgracia nacional!

Los *ligeros* católicos sevillanos, por medio de su comisión de Prensa, están llenando á Sevilla de papeles católicos para los excusados.

¿Cómo es posible que esta gente venza, Dios mío, si son más brutos que hechos de encargo! Si esta gente fuera cristiana, tuviera sentido común, apesar de ser católica, y obrara y escribiera con cordura y sensatez, es indudable que el dinero que gastan en esas porquerías antiliterarias que escriben serviría siquiera para aficionar al público analfabeto á la lectura.

Pero... ¡si no es posible!

Véase cómo tratan á Galdós esos asnos que andan repartiendo hojitas impresas por ahí:

«A otro comerciante en porquerías literarias, Pérez Galdós, se dijo que S. M. el Rey iba á condecorar con la gran cruz de Alfonso XII.»

Y véase ahora cómo ponen á Dios.

Porque Voltaire dijo:—*¡Buen papel han á Dios dentro de veinte años!*—cuentan lo siguiente:

«Una triste casualidad, como dicen los incrédulos, ó un terrible castigo de Dios, como decimos nosotros. El mismo día en que se cumplía el plazo de 20 años y en que se prometía Voltaire haber ya matado la Religión, el mismo día 25 de Febrero de 1778, el miserable burlador y calumniador de la Iglesia se vió burlado y atacado del vómito de sangre que le causó la más desastrosa muerte. Ya sabes que fué tan horripilante la agonía de aquel réprobo, que ni sus amigos ni los médicos tuvieron ánimo para presenciarla.»

Grandísimo asno: ¿No ves que haces á Dios tan pequeño y miserable como un guardia municipal, que, porque el montañés de la esquina no le da media copa, le hace cerrar el establecimiento á las doce en punto?

El Dios grande, la eterna misericordia, el bien supremo, ¿iba á vengarse porque dudara de él?

¿Pero ustedes creéis que Dios es un guarda del Consumo, que persigue á aquel que no pasa por el Fielato de la Iglesia católica?

Lee á Voltaire, grandísimo beatusco, si tienes inteligencia para comprenderlo, y te cerciorarás de su admiración y reconocimiento á la Fuerza Suprema, á la Vida Universal, que vosotros habéis querido restringir hasta encerrarla en las colecciones para venderla por raciones de todas clases...

Dice un colega:

«Se nos queja un «mocito» porque no se le permite entrar en los baños con el aparato de su «Instantánea.»

El hombre, que es aficionado á aprovechar todo lo que se pone á tiro, como el cazador hace con su escopeta, quisiera enfocar el aparato sin limitación alguna.

¡Qué curiosidad y qué afición!

Y diga usted, compañero:

—¿Qué inconveniente hay en que el hombre se bañe con su instantánea?

—El inconveniente de que los baños son baños de mujeres...

—¡Ah, ya! Entonces ese tuno, detrás de la cruz lleva el Diablo; quiero decir que, detrás de la instantánea, lleva otra cosa y otras intenciones. ¡Prohibasele la entrada! Para instantanear de ese modo hay que pasar antes por la Vicaría.

En la esquina de mi calle un guardia está puesto al sol... ¡Cuando vayan á buscarlo no encontrarán más que el rosl!

Asómate á esa ventana, verás el calor que hace; pero antes de abrirla, niña, ¡tápate un poquito, tápate!

Yo tiré un limón por alto por ver si se derretía...

¡Como cayó en un tejado no sé qué sucedería!

Telegrama remitido desde Barcelona:

«El juez que entiende del proceso contra el escolapio padre Román, acusado de haber atropellado varios niños en el colegio calasancio, ha decretado su libertad incondicional, aceptando el supuesto de su inocencia.»

Razones en que se habrán fundado para decretar la libertad.

Conferencia entre el Nuncio y el Sr. Sagasta: *Sagasta.*—Eso es una villanía indigna, y todos vosotros deberíais estar castrados.

El Nuncio.—Sr. Sagasta. Nadie está libre de debilidades. Esos pobrecitos Escolapios, mártires de la enseñanza, merecen toda clase de respetos...

Sagasta.—Pero... ¿no hay beatas en Barcelona?

El Nuncio.—Pero las que hay hablan en catalán y tienen los pies muy grandes... Además, si no accedéis, influiré con la señora para que se lo ordene...

Sagasta.—Bien. Se decretará la libertad. ¡Para el tiempo que he de estar en este convento!

Y por eso se ha puesto en libertad ese Escolapio que ha atropellado miserable y villanamente á tres niños en Barcelona.

En Lugo ha caído un rayo y ha derribado otra torre de iglesia y matado á unos cuantos... La mano divina haciendo señales... Y nosotros sin querer hacerle caso.

Señas verdaderas de Cecilia:

«Es trigueña, sin pecas, de belleza vulgar, y aunque algo ajada, es de bonitas líneas.»

No sabemos cómo serán los ángulos. Ya nos lo dirán. Esperemos.

CARRASQUILLA.

EDUARDO VII Y LEON XIII

Decididamente el Vaticano prevé su irremediable derrota en los pueblos latinos y quiere infiltrarse á toda costa en los pueblos anglosajones, emancipados felizmente del yugo papal. No hace mucho León XIII dedicaba frases halagadoras al presidente del Parlamento australiano; de Alemania ha dicho que es el país donde son mejor tratados los católicos; con los Estados Unidos anda en místico *fírto* y todo son benevolencias y concesiones.

Las americanos no quieren en modo alguno que en Filipinas haya clero español y quieren sustituirlo á todo trance con clero americano.

El delegado, Mr. Taft, es inexorable en este punto; pero el Vaticano introduce suavemente su garra felina, escondiendo las uñas, y propone que continúen los frailes españoles actuales, con la condición de que los novicios que se admitan sean solo americanos.

La comisión cardenalicia era completamente hostil á este plan, y entre ellos el cardenal Vives y Tuto, español y catalán, y por tanto intransigente y reaccionario, era el portavoz de esas intolerancias que amenazaban dar al traste con las negociaciones diplomáticas, y ha sido preciso que León XIII amonestase seriamente al citado cardenal por su contumaz criterio.

No está ahora el Vaticano para enajenarse simpatías en los Estados Unidos. Allí está muy vivo, y cada día se extiende más, lo que se llama *catolicismo americano*, que es en el orden religioso lo que el *panamericanismo* en lo político.

Obispos, clero y fieles, sin rebasar los límites de la ortodoxia, prescinden en absoluto de Roma, erigen sus catedrales, consagran sus preladados y se dirigen y gobiernan por sí mismos, prescindiendo de los clamores, cada vez más débiles, de la Roma papal.

De hecho pronto existirá oficialmente la Iglesia católica americana, con más vuelos y prerrogativas que tuvo en tiempos pasados la anglicana.

El ideal de las iglesias nacionales, independientes del papado, y hasta del Estado, va arraigándose cada vez más en la mente de muchos y será semilla que fructificará tarde ó temprano.

Entretanto el pavor penetra en las estancias del Vaticano y el Papa se lamenta amargamente de los desvíos de Francia, Austria, Italia y ¡hasta de España!

De actualidad

Por eso busca su mirada anhelante otros pueblos, otras razas. Por eso se desvive en adular hoy á la que los católicos llaman la hereje y protestante Inglaterra.

La enfermedad del rey Eduardo ha servido de maravilla al Papa para buscar simpatías entre los ingleses.

El *Observatore Romano*, órgano oficial vaticano, ha publicado un artículo donde campea el amor y el respeto más entusiasta á la nación inglesa y al rey Eduardo. El Papa asegura haberse afectado profundamente con la enfermedad del soberano inglés; no lo creemos. León XIII lamenta este contratiempo por las contingencias que un cambio en la corona inglesa pudiera traer á sus planes. Eso es lo que le disgusta y entristece, y para ocultarlo encarga al cardenal Vaughan se hagan rogativas públicas por todos los católicos para impetrar del cielo la salud del monarca.

Y aquí entran mi asombro y mis dudas. Según oficial y solemnemente ha declarado la Iglesia cien veces, desde que en 1536 Enrique VIII de Inglaterra repudió á Catalina de Aragón y se erigió en jefe de la Iglesia anglicana, él y todos sus sucesores fueron declarados cismáticos, herejes y, por tanto, excomulgados. La excomunión es una pena canónica que, según doctrina actual y vigente en la Iglesia católica, entre otras muchas cosas, impide el *rogar* y *orar* por el excomulgado, y mucho más hacer *pública*mente estos actos.

Si esto es verdad, vigente y canónico, ¿cómo compaginarlo con las plegarias por el rey Eduardo ordenadas al cardenal Vaughan?

Pero todavía hay más. La Iglesia prohíbe dar al excomulgado signos de amistad, de honor, de consideración, hasta el saludo. Prohíbe sentarse con él á la mesa y mucho más entrar juntos en el templo.

Pues bien; en prueba de todo esto, ahí tienen ustedes la embajada especialísima de Merry del Val, enviado por León XIII expresamente para honrar al rey excomulgado, según los papas, comer con él, asistir á las fiestas religiosas y protestantes de Westminster y rendirle los más profundos homenajes y respetos.

¿Qué quiere decir esto? Pues que la Iglesia se ríe en el fuero interno de toda esa sarta de majaderías canónicas que el fanatismo medioeval llevó á la legislación eclesiástica y que Pío IX y León XIII han renovado y confirmado después para reirse de ellas.

Los reyes de Italia, los usurpadores excomulgados, según Pío IX, están en las mejores relaciones con el Vaticano, aunque en secreto. León XIII se cartea con ellos, los felicita en los sucesos prósperos y les envía obispos y capellanes para su oratorio; hasta compone oraciones en loa del rey asesinado.

Cuando Eduardo VII subió al trono prescindió de enviar una misión oficial al Vaticano, como había hecho con las otras cortes europeas. E hizo muy bien, porque el Papa no es rey, ni debe ser tratado como tal. Y por eso mismo tampoco el czar de Rusia le invitó á la conferencia internacional de La Haya.

El cardenal Rampolla, que es hoy el Papa efectivo, es anglófobo hasta la médula, y el mundo oficial inglés se vengó con este desprecio de las campañas que los órganos del Vaticano hicieron al principio de la guerra con el Transvaal.

Comprendió el Papa lo descomunal de su imprudencia, y se humilló hasta el servilismo. Inglaterra, siempre generosa, envió, con motivo del Jubileo papal, una misión especial que fué la prenda de reconciliación.

Por eso León XIII recibió, lleno de júbilo, una embajada extraordinaria para la coronación. — ¡Aún valgo algo! — diría.

Y vayan protestas de adhesión, halagos y rogativas; pese á todas las excomuniones habidas y por haber.

Y en esto obran con gran sentido. Las excomuniones no las usa ya nadie en la Iglesia más que los obispos de España, y entre ellos los de Pamplona, Salamanca y Zamora, para castigar á los periódicos que les censuran.

Al director de *El Porvenir Navarro* le excomulgó el padre López, y la gente huía de él como de la peste, y hasta las criadas no querían servir en su casa.

Mientras estas cosas pasan en España, los obispos residentes en Roma comen y pasean con los ministros protestantes, y León XIII llora á lágrima viva la enfermedad de un rey cuya dinastía han excomulgado cien veces sus antecesores.

Y siga la farsa pontificia.

ERASMO.

En Monte Pelado hubo el lunes nueva erupción.

30 muertos y grandes destrozos. Ignóranse los nombres de los fallecidos. Créese que ha perecido la misión francesa.

Dicen de Londres que los boers muéstranse disgustados por exigirles parte de la indemnización para reconstruir las granjas. Consideran que esto vulnera los tratados de paz.

En San Sebastián se ha agravado la huelga de los canteros, que están de acuerdo con los carniceros.

El czar irá á Roma para apadrinar la hija de los reyes. Aprovechará el viaje para firmar un tratado de comercio entre Rusia é Italia.

Reunieron los agentes de Bolsa y banqueros para elevar el correaje. Hubo desacuerdo.

En Francia están amenazados de expulsión 9 000 congregaciones religiosas.

En Toronto (Canadá) un terrible incendio ha destruido una almacén de trigo. Al hundirse un muro arrastró á los bomberos, muriendo 7.

A Barcelona llegó de incógnito, en su yate, la emperatriz Eugenia.

El Consejo de ministros celebrado ayer duró tres horas y media.

Acordóse activar el expediente de la Junta de Obras del puerto de Valencia.

Examináronse las pretensiones de la Unión Nacional, acordándose separar las que puedan implantarse enseguida y dejando lo restante para conocimiento de las Cortes.

Se examinó la cuestión financiera, especialmente los cambios, acordándose que en los próximos Consejos se lleven soluciones.

Sagasta encareció á los ministros, especialmente á Moret, que dicten medidas que simplifiquen los trámites administrativos, desembarazando la vida provincial y municipal.

Morct llevó una Memoria sobre las congregaciones. Estudióla el Consejo, autorizándole á que la publique.

Estudiaránse diferentes medidas que afectan á varios ramos de la administración, acordándose convertirlas en real decreto, figurando entre aquellas un estado del presupuesto y disminución de gastos con objeto de mantener el equilibrio entre gastos é ingresos.

Al enviado japonés se le concederá el collar de Carlos III.

Los conventos amenazados de expulsión en Francia son 300 con 6,000 religiosos.

Inclán conferenció con el representante de la Compañía del Norte, Sampedro, para tratar del conflicto pendiente.

También habló con Canalejas, pidiéndole antecedentes de su gestión como ministro.

Mañana hablara con el representante del ferrocarril del Mediodía é ingenieros jefes de las divisiones.

Hay la impresión de que se llegará á un arreglo.

En Perpingnan ha descargado un pedrisco horrible: arrasados los campos; presúmese que hay desgracias.

El *Correo* sigue estudiando la cuestión del Banco, deduciendo que se ha abierto nuevamente una campaña peligrosa y nada conveniente para el Banco, cuyos intereses necesitan una situación clara, segura y normal.

Al comandante japonés que acompaña al príncipe se le dará una gran cruz del Mérito Naval.

Al resto del séquito dos grandes cruces de Isabel la Católica, tres encomiendas de Carlos tercero, tres de Isabel y cruces del Mérito Militar.

Han conferenciado Rodrigáñez y una comisión del Consejo del Banco.

Créese que se han reanudado las negociaciones para el convenio con el Tesoro.

El *Heraldo* quejase de la lentitud en aplicarse el indulto de Marina, excitando á las autoridades á que activen los trámites.

La benemérita de Puigcerdá detuvo á Cecilia por la vida escandalosa y pródiga que hacía. Como nada resultaba contra ella, iba á libertarla, cuando recibió el telegrama ordenando la detención.

Apremiada entonces, confesó.

Se ha confirmado que Cecilia llegó á Barcelona el 24 de Junio.

Rechazarla en las fondas del *Monasterio* y el *Estudiante* por su humilde aspecto.

Hospedose en las afueras, en la posada de *Bouquet*.

Al día siguiente tomó la diligencia de Puigcerdá.

En el camino bromeó con el mayoral y los viajeros.

En Puigcerdá asistió á los bailes y recepciones, obsequiando á los hombres.

Un día se gastó 40 duros en cigarrillos habanos.

Creíasele prostituta, y que iba á veranear.

Hoy sale de Puigcerdá en carruaje.

En Moncada tomará el tren para Madrid y llegará mañana.

Las diligencias practicadas en Barcelona forman tres rollos.

El idilio de la noche

Al finalizar aquel crepúsculo de fuego en que el sol, convertido en inmensa hoguera, arroja sobre el horizonte llamaradas de luz y teñía de rojo las fachadas de los edificios, las ramas de los árboles y la hietba de los paseos, anchas nubes de color gris se extendieron por el espacio, aumentando el bochorno, haciendo más sofocante la temperatura, como si en ella se condensaran y fundiesen el vaho caliente que salía de la tierra y el humo del incendio que amenaza destruir el infinito. Vino la noche, y dijérase que aún no se había puesto el sol, que aún no se había extinguido la enorme hoguera que después de arrasarlo todo con sus llamas, de convertirse en montón de brasas cubierto por las cenizas de la catástrofe, ardía en un rincón del cielo, á manera de humeante rescoldo que no acaba de extinguirse, y daba señales de existencia rasgando las nubes con relámpagos cárdenos y con trepidaciones sordas.

Así fueron pasando las horas y llegaron las primeras de la madrugada, sin que una ráfaga de aire puro viniese á refrescar la tierra, á sacudir las hojas inmóviles de los árboles, á introducirse en el fondo oscuro de las casas dormidas, que abrían de par en par, para recoger el oxígeno de la atmósfera, sus anchas bocas de madera y de vidrio. Era aquel un amodorramiento sombrío, una quietud de asfixia, el sueño profundo de una ciudad aletargada por el calor y rendida por el cansancio.

Yo, tan falto de sueño como codicioso de frescura, recorría las calles de aquel barrio desierto. Iba de paseo conmigo mismo, disfrutando de esa conversación muda, llena de tristezas y de alegrías, porque conversa uno con sus recuerdos y sus esperanzas. Así iba yo, abstraído en mí propio, haciendo una excursión por los interiores de mi alma y perdiéndome en ella á tal punto, que llegué á olvidarme de cuanto fuera de mí existía. Y así hubiera continuado mucho tiempo, si una voz de mujer, fresca, vibrante, bien timbrada, no hubiese metido por mis oídos esta copla, que llegó á mi espíritu y le hizo avanzar hacia afuera, como hace avanzar al soldado hasta la puerta de su tienda el toque agudo del clarín:

Dame un beso con tus labios,
con tus labios de corales,
y riete de las penas
y deja que vengan males.

La última frase de la copla se perdió en el aire, y yo anduve algunos pasos, deseoso de conocer á quien la cantaba.

Allá, en el fondo de la calle, descubríase una reja, por entre cuyos barrotes negros saltan los reflejos amarillos de un quinqué. De aquella reja había brotado la copla, de ella brotaban entonces los acordes melancólicos de una guitarra, Seguí avanzando; llegué enfrente del enrejado hueco, y cuando mis ojos penetraron por él retrocedí con asombro.... Nada más inesperado, más triste que el marco donde se desarrollaba aquella melodía hecha para sonar á la puerta de cortijo andalaz, bajo el toldo verde de la parra, entre el canto de los ruiseñores, el perfume de los jazmines y la alegría majestuosa de un cielo cubierto de estrellas.

Era la que yo tenía delante de mí una habitación ancha, destartalada, irregular; la luz de un quinqué con pantalla verde, que ardía en uno de los extremos sobre una escalerilla portátil de cinco peldaños, no bastaba á iluminarla por completo; fuera parte del espacio más inmediato á él, era difícil distinguir con perfecta claridad los objetos que se dibujaban fantásticamente en aquellas tinieblas semialumbradas.

Ni sillas, ni mesas, ni adornos de ninguna especie existían allí; un banco de aserrar en el centro, algunas escaleras portátiles esparcidas aquí y allá, una puertecilla á la derecha, y á lo largo de las paredes dos inmensas estanterías de madera, que se alargaban hasta el fondo oscuro de la sala. Sobre aquellos estantes, simétrica-

mente alineados en correcta formación, como si asistiesen á una gran parada, veíanse unos como cajones entrelargos, blancos éstos, negros aquéllos; con adornos de oro los unos, con galones de plata los otros; algunos relucían despidiendo reflejos metálicos.... Eran ataúdes. Mis ojos miraban la recámara de un establecimiento de pompas fúnebres, de una expendeduría de vehículos para el otro mundo.

Y en aquella habitación, en aquella antesala de la muerte, iluminados por los reflejos amarillos del quinqué, sentados uno cerca del otro, estaban una mujer y un hombre: él en mangas de camisa, entreabierta la pechera para descubrir el pecho musculoso; una pierna encima de la otra, la guitarra descansando entre las piernas, y las manos arrancando á las cuerdas de la guitarra notas dulces, acordes llenos de ternura y de pasión; ella con el cuerpo echado hacia atrás, los negros ojos clavados en el techo, la garganta escorzada, las manos caídas á lo largo del cuerpo y la azulada cabellera desgreñándose sobre los hombros, miraba al mismo con mirada de amor, y entreabría la boca como si aún retuviera en ella la última estrofa de la copla cantada, como si estuviera acariciando con sus labios la primera palabra de la copla que estaba dispuesta á cantar.

Debían ser marido y mujer y formaban un grupo encantador; jóvenes, sanos, alegres, contemplándose el uno en los ojos del otro, velando sus amores á la luz del quinqué, disfrutando de su juventud y de su cariño en aquella noche caurosa de Julio.

Yo continuaba mirándolos, sin darme cuenta exacta de la impresión que tan extraño cuadro producía en mí, cuando sonaron en la calle pasos precipitados; un hombre la cruzó, llegó á la puerta de la tienda, llamó con golpes presurosos y esperó un momento, paseándose con impaciencia de un extremo á otro del edificio.

— ¡Llaman! — dijo la mujer.

— ¡Sí, algún parroquiano! — respondió el hombre.

Y, dejando la guitarra en el suelo, empujó la puerta que comunicaba con la tienda y salió á abrir, volviendo á los pocos instantes.

— ¡Es ahí al lado! — dijo — en el 23; vuelvo enseguida.

El hombre se puso una americana, salió á la calle y pasó por delante de mí silbando entre dientes.

Yo permanecí delante de la reja contemplando á aquella muchacha, que seguía en la misma postura, con los ojos fijos en el techo, la boca entreabierta, la garganta escorzada, las manos unidas y el busto saliente, busto sensual y energético, que se alzaba y deprimía á impulsos de la respiración de la joven, agitando el lienzo de una chambrá color de rosa.

El hombre volvió á poco rato. Sonreía con aire satisfecho, como quien no ha perdido el tiempo.

— ¡Buen negocio! — dijo, mientras golpeaba cariñosamente las mejillas de su mujer. — En tierra de primera clase; ataúd de zinc, seis caballos, lacayos empolvados.... De estos caen pocos.

Ella le miró sin contestar, mientras él añadía:

— ¡Y ahora á acostarnos, que ya es tarde. Despertaremos á todos los mozos y ellos lo irán preparando todo. No podemos quejarnos. Si siguen así nuestros asuntos, vamos á ser ricos.

— ¿Y quién es el muerto? — preguntó ella.

— Una vieja que pesa lo menos ocho arrobas.... ¡Pu! ¡Qué mal oía!

Y rodeando con sus brazos la cintura de su mujer, la atrajo hacia sí y estampó en la carne fresca y sonrosada de sus mejillas, un beso largo, vibrante, sonoro.

Y era hermoso el espectáculo que ofrecían los dos jóvenes, fuertes, amantes, esperanzados en el porvenir, abrazándose ante un senado de ataúdes, arrojando su dicha como un reto sobre aquellos artefactos fúnebres, sobre el recuerdo de aquel cadáver que olía tan mal.

Ellos representaban, ignorándolo acaso, en las tinieblas de la noche, en aquel sitio y en aquel instante, un idilio sublime, algo grande, consolador, eterno.

La vida y el amor triunfando de la tristeza y de la muerte.

JOAQUÍN DICENTA.

Cecilia Aznar

En la prensa de Barcelona llegada hoy á esta capital, leemos lo siguiente acerca de la captura de la famosa autora del crimen de la calle Fuen-carral:

«La captura de la presunta autora del misterioso asesinato, como las capturas de casi todas